

Xavier Sala i Martín

Crisis (15): Los nuevos desequilibrios

La buena noticia: Ben Bernanke dijo el otro día que “es muy probable que, técnicamente, Estados Unidos ya haya salido de la recesión”. La mala noticia: acto seguido, dijo “pero dará la sensación de que la economía es débil durante bastante tiempo”. Mi interpretación: el crecimiento económico será diminuto, hay riesgo de recaída y, de momento, no se creará empleo.

¿Por qué es Bernanke tan poco optimista? Pues porque sabe que los gobiernos de todo el mundo no se enfrentaron a los grandes desequilibrios financieros y económicos que causaron la presente recesión corrigiéndolos, sino creando la antesala de una nueva crisis: más desequilibrios.

Desde mi punto de vista, hoy tenemos siete peligrosos problemas. Primero, el monetario. Nada más empezar la crisis financiera, los bancos centrales imprimieron trillones de dólares. En situaciones normales eso hubiera causado una hiperinflación. Esta no se dio porque la velocidad de circulación del dinero cayó en picado. El problema es que, cuando la economía se recupere, el dinero volverá a correr y, si no se elimina todo lo impreso durante la crisis, subirá la inflación. Habrá, pues, que quitar liquidez de una manera quirúrgica porque el dinero es como la pasta de dientes: es muy fácil sacarla del tubo pero es muy difícil volverla a meter porque, para conseguirlo, se deben subir los tipos de interés y eso puede causar nuevas recesiones.

El segundo desequilibrio es el fiscal. Al

X. SALA I MARTÍN, Universidad de Columbia, Universitat Pompeu Fabra y Fundació Umbele

ver la gravedad de la situación, todos los gobiernos del mundo se lanzaron a gastar cantidades ingentes de recursos. Resultado: déficits extravagantes que superan el 13% del PIB en Estados Unidos, el 10,5% en España y el 6,5% en la zona euro. La OCDE estima que la deuda alcanzará el 115% del PIB. Lógicamente, esa insostenible voracidad fiscal tiene que acabar (sobre todo teniendo en cuenta que los *baby*



AVALLONE

boomers se están empezando a jubilar). El problema es que eso sólo se puede hacer subiendo impuestos o bajando gasto y ambas estrategias conducen hacia una nueva recesión. Habrá que ser creativo y tocar los impuestos que menos distorsionen (y no subirlos alocadamente como se ha hecho en España) y eliminar los gastos menos productivos.

El tercer gran desequilibrio es el internacional. Los déficits exteriores de algu-

nos países (destacan Estados Unidos y España) son compensados por superávits gigantes de algunos países asiáticos (sobre todo China). La corrección va a tener dos componentes. El primero, una caída del dólar que puede ser paulatina o puede ser catastrófica. Depende del banco central chino. El segundo, la tentación proteccionista. La semana pasada el presidente Obama ya impuso aranceles a los neumáticos chinos, y China respondió con aranceles equivalentes a los pollos norteamericanos. De momento, la guerra comercial es poca cosa y esperamos que no escale y que todo el mundo recuerde que lo que transformó la crisis de 1929 en la Gran Depresión de los años treinta fue el proteccionismo.

Cuarto, el desequilibrio financiero. El pánico de finales del 2008 hizo que todo el mundo desinvertiera en los mercados financieros y pasara a comprar lo único que parecía seguro, unos bonos del Tesoro norteamericano que llegaron a absorber el 80% del ahorro mundial: trillones de dólares que no financiaban inversión productiva. Eso ya se está empezando a corregir y el dinero ya está volviendo a la bolsa. El problema es que si el retorno no se hace de manera ordenada, puede dar lugar a nuevas burbujas que, al explotar, causen nuevas crisis económicas. De hecho, el boom inmobiliario del 2008 se gestó cuando el dinero salió despavorido de la bolsa al reventar la burbuja *puntocom* en el 2001. Que no nos vuelva a pasar lo mismo.

El quinto desequilibrio es el regulatorio. Los primeros diagnósticos de la crisis apuntaron (en mi opinión, equivocadamente) en una dirección: la falta de regulación del sistema financiero. El resultado

fue la aparición de los don quijotes del intervencionismo que quisieron regular no sólo el sector financiero sino, ya puestos, el resto de la economía. ¡Algunos incluso querían “refundar el capitalismo”! Ahora bien, ¡que el sector financiero norteamericano estuviera infrarregulado no quiere decir que el sector de la automoción en España también lo esté! La cordura debe volver pronto a los legisladores. Si no, corremos el riesgo de que el Estado acabe asfixiando la recuperación.

El sexto desequilibrio es sectorial. Países como España dependían excesivamente de unos pocos sectores (construcción,

Si el mercado laboral no se flexibiliza, el ejército de parados puede causar una inestabilidad social insostenible

promoción inmobiliaria) que se han hundido sin esperanza de recuperación. Para reequilibrar, no hay que caer en la tentación de que el Estado subsidie unos sectores escogidos a dedo por el funcionariado. Al contrario, el Estado debe poner las bases para que los innovadores decidan, con su creatividad e iniciativa, qué sectores van a tomar las riendas de la economía.

Y el último desequilibrio es, lógicamente, el laboral. Los países con un rígido mercado de trabajo corren el riesgo de convertir el paro temporal causado por una recesión pasajera en una situación permanente para millones de ciudadanos. Si el mercado laboral no se flexibiliza, el ejército de parados de largo plazo puede acabar causando una inestabilidad social insostenible. Nuestros intentos de salir de la crisis han originado siete grandes vulnerabilidades que amenazan el futuro de nuestras economías. Bernanke piensa que lo peor ya ha pasado. Quizá sí. Pero si queremos evitar la recaída, es imperativo que se corrijan... los nuevos desequilibrios.●

Antoni Puigverd

Adictos a la pelea, ¿adictos al desastre?

En Catalunya, la discusión está siempre al rojo vivo. Nada es indiscutible: el Barça podrá ser idolatrado hasta el delirio, pero los vecinos de Les Corts le impidieron en la época del pelotazo lo que en otras ciudades de España pareció normalísimo: una rápida y multimillonaria recalificación. La trifulca catalana es insomne y ninguna figura está libre de discusión. Jordi Pujol mandó durante muchísimos años, pero un antipujolismo muy vigoroso (y agresivo: llegaron a compararle a Franco) le acompañó siempre. Pasqual Maragall, autor de la transformación olímpica, fue atacado sin piedad hasta el punto de que mucha gente llegó a creer de buena fe una leyenda urbana que lo hacía preso de una adicción. Albert Boadella parodió a todo tipo de personajes y símbolos –la Moreneta, por ejemplo– y fue aplaudido por un numerosísimo y regocijado público catalán. El añorado Baltasar Porcel escribió libros extraordinarios y tenía méritos suficientes para dirigir el Institut de la Mediterrània, pero le arrearon de lo lindo desde no pocas tribunas e instituciones barcelonesas, de las que no fue reconocido ni en el día de su muerte. La lista de discusiones catalanas es infinita. Y alcanza a todos los personajes, partidos e instituciones (ex-

ceptuando, quizás, a las entidades financieras, pues, como es sabido, en Catalunya como en todas partes, el dinero suscita irritación genérica, pero un respeto muy medido en su concreción institucional).

Algunos confunden esta insomne pelea catalana, este constante ruido crítico, con la buena salud democrática. Pero esto no es exactamente democracia, sino el bullicio de unos ejércitos chocando. El enfrentamiento no es entre individuos, sino entre grupos que pretenden ampliar su poder y su influencia. En el interior de cada feudo, no se razona de manera individual. Rara es la voz singular que discrepa en el interior de cada tendencia. Rara es la discusión libre de prejuicios. Pongamos un ejemplo estrictamente cultural: los que aplaudían a Boadella criticaban a Porcel, y viceversa; con frecuencia lo hacían sin conocer sus creaciones.

Si el combate catalán es insomne, si siempre todos los grupos andan a la greña, es porque todas las batallas acaban en tablas. Ninguna fuerza, feudo o agrupación de intereses ha podido en estos años de autonomía, imponer su lógica con claridad. Eso explica la tensión. Pero también explica el reparto. Si nadie vencía de manera indiscutible (uno mandaba en la Generalitat, pero el otro contaba con el Ayunta-

miento y Diputación barceloneses), si el empate era constante y agotador, no es extraño que se pactaran constantes componendas. El Palau de la Música es expresión de este reparto. A regañadientes, se han compartido símbolos, poderes, influencias, subvenciones. Cuando más débil era CiU en la Generalitat, aparecieron nuevos actores: la FAES y el PP. Cuando el

¿Descubren ahora la putrefacción del oasis en el que han nadado y de cuyos dátiles se han alimentado?

PSC mostró sus límites, aparecieron ERC e ICV y todos pidieron su trozo de tarta. Perros y gatos políticos de muchos colores y tamaños han tenido que compartir el espacio junto a otros grupos menos visibles, pero no menos determinantes: sindicatos, clubs, familias, medios de comunicación, entidades financieras...

Por esta razón, sorprende la aparición de aprendices de Robespierre que, pertrechados detrás de las almenas de algún feudo, descubren la putrefacción del oasis en

el que han nadado plácidamente y de cuyos dátiles se han alimentado dulcemente. Cierto: hay que evitar que la difusión de la culpa acabe salvando a Millet y al resto de los verdaderos culpables del saqueo del Palau. Que el juez trabaje horas extras, si es necesario, para aclarar pronto todos los datos, a fin de evitar que ningún responsable, ningún listillo o ladrón (político o no) consiga eludir sus responsabilidades. El caso Palau tiene que depurarse a fondo. No sólo por justicia, sino porque servirá de higiénico purgante.

Indisimuladamente, sin embargo, el caso funciona ya, para algunos, como interesado ventilador de una sola dirección. A estos, recomiendo la lectura del libro viejo pero utilísimo de Lilian Hellman, dramaturga y compañera de uno de los padres de la novela negra, Dashiell Hammett. En su autobiografía sobre la época del maccarthismo, *Tiempo de canallas*, escribe: “Había aprendido que un mal arrastra otros males consigo, y la secuencia de esta cadena es lo que más hay que temer”. Los que mueven el ventilador en una sola dirección no deberían olvidar que el diluvio, una vez convocado, a todos arrastra: “Los cambios, la ruina económica, las contradicciones sólo se vuelven peligrosos cuando nos volvemos adictos al desastre”.●